



MARÍA INÉS CASTRO FERRER
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

DE TEÓFILO MARXUACH A BAD BUNNY

RESPUESTA AL DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
DE REBECCA ARANA CACHO
SAN JUAN, PUERTO RICO
19 DE SEPTIEMBRE DE 2025

Palabras claves: Rebecca Arana Cacho, Teófilo Marxuach, Bad Bunny, descolonizar la mente, el español en Puerto Rico

Keywords: Rebecca Arana Cacho, Teófilo Marxuach, Bad Bunny, decolonizing the mind, Spanish in Puerto Rico

Al prepararme para responder el provocador discurso que acabamos de escuchar, barajeé muchas alternativas. En primer lugar, agradecerle a la Dra. Arana por darse a la tarea de rescatar de la memoria la valiosa obra de la historiografía lingüística puertorriqueña de Teófilo Marxuach, *El lenguaje castellano en Puerto Rico* (1903). Rescatar ese eslabón que ha sido olvidado en muchísimos acercamientos lingüísticos y hacerlo con una mirada crítica que invita a la reflexión, es un deber contraído.

De igual forma ponderé remontarme a un pasado muchísimo más cercano, por tratarse de poco menos de dos dé-

cadás, cuando la estudiante Arana Cacho, hoy Dra. Arana Cacho y académica numeraria de esta casa, se matriculó en uno de mis cursos doctorales y los periplos del proceso que culminó en la defensa de tesis memorable ante el comité compuesto por tres miembros de esta casa, nuestro querido mentor Eduardo Forastieri Braschi, nuestra María Concepción Hernández y esta servidora. No hubo margen a duda de que nos encontrábamos ante una investigadora nata, de gran capacidad crítica y analítica, ante una comunicadora convincente, vertical e incansable trabajadora.

Pero una respuesta como la que me convoca hoy exige otro tipo de reflexión. Se trata de actuar sobre una responsabilidad compartida: la pujanza del español de Puerto Rico y en Puerto Rico.

De nada nos sirve mirar al pasado, si esa mirada no nos invita a reflexionar sobre el futuro y a actuar; si esa mirada no es conductiva a alcanzar el equilibrio en materia de lengua. De eso se tratan las palabras leídas. Leo en ellas la voluntad de «jamaquearnos», dicho en buen español puertorriqueño. Hemos escuchado términos como «estandarizar», «uniformar», «homogeneizar» ligados a una «preocupación inmediata por aplicarlos al castellano», y ¿por qué al castellano y no al español? Porque Arana es fiel a la terminología que manejaban sus autores en su momento histórico que, interpretada desde este lado del Atlántico, delata la idea de supremacía y prestigio de la variedad del español peninsular, especialmente la del centro y norte.

Marxuach, como buen hijo de su época, titula su obra *El lenguaje castellano en Puerto Rico*. Asimismo, recurre al argumento del «ardiente clima tropical» para intentar justificar lo que hoy denominamos rasgos caracterizadores del español de Puerto Rico a secas. En su momento histórico el terreno era fértil para que surgieran propuestas que inten-

taron explicar la variedad lingüística a partir de fenómenos naturales. Fue el caso de la teoría climatológica que en la década de 1920 impulsó el acalorado debate de la historiografía lingüística entre el alemán Max Leopold Wagner y el dominicano Pedro Enríquez Ureña al intentar explicar las diferencias lingüísticas evidentes entre las tierras bajas y las tierras altas de Hispanoamérica. Las ideas ya parecían estar en el ambiente y Arana lo contextualiza acertadamente al hacer referencia al darwinismo social y a la corriente ideológica alemana que propulsa la vida, desarrollo y muerte de las lenguas, equiparables a las de un ser viviente. Hoy sabemos que no es la geografía ni el clima la que lo explica sino los patrones de inmigración, entre otras variables. El calor tropical del Caribe no propicia que nos comamos las eses.

La preocupación homogeneizante también ha sido superada, al menos en cierta medida, por las propuestas de unidad y diversidad que persiguen respetar la variedad lingüística. Aunque las obras de este género, que buscan registrar y corregir los usos locales, proliferan en el siglo XIX, han estado presentes por siglos. Pensemos, por ejemplo, en el *Appendix Probi*, que delata aspectos importantes de la evolución del latín clásico al vulgar, hasta la *Nueva gramática de la lengua española*, cuya segunda edición acaba de ver la luz a principios de este año. En ella se presentan usos recomendados, usos no recomendados y usos marcados como agramaticales en ánimo de respetar las variedades lingüísticas en una obra con finalidad claramente normativa o prescriptiva; o el mencionado *Diccionario panhispánico de dudas* cuya segunda edición revisada acaba de ver la luz. Ambas obras, en cuya revisión colaboramos desde la ACAPLE, abonan a la unidad del español y el respeto a la diversidad.

Sin embargo, todo parece apuntar a que los seres humanos, no solo los puertorriqueños, estamos condenados

a compararnos y establecer criterios de superioridad y por extensión de inferioridad; que no es exactamente lo mismo que criterios de corrección idiomática. La corrección idiomática va de la mano con las competencias académicas en áreas de lectura y escritura que es apremiante atender, como bien señala Arana. Dichos criterios de corrección, que también hay que recordar que evolucionan con el tiempo, deben estar entre los objetivos alcanzables que persigue el sistema educativo y la comunidad de hablantes.

Sin embargo, la idea reiterada en este discurso de «degeneración idiomática» como «síntoma de decadencia de la raza», de «la desviación del modelo castizo peninsular [...] como señal de deterioro lingüístico o inferioridad racial»; esa idea, como bien Arana cita de Vaquero, de que «purificar el habla era, en esencia, una empresa de regeneración social y nacional» tenemos que mantenerla sobre el tapete. Aunque pensemos que está superada, puede que contribuya a delatar nuestra visión de la lengua en Puerto Rico en la actualidad. Puede llevar a preguntarnos si consideramos que hablamos buen español en Puerto Rico.

Aún más, puede que en ellas subyazca una de las claves para llegar al meollo del asunto: la superación del complejo de inferioridad lingüística y de crítica autodestructiva, que, transformado en acción, va de la mano de la necesidad imperante de intensificar y repensar la formación lingüística del español en Puerto Rico y de Puerto Rico para alcanzar un equilibrio saludable; para alcanzar ese equilibrio entre la «resistencia y la complicidad» propuesta por Gervasio García.

Para defender ese espacio público y privado del español y lograr cualquier nivel de bilingüismo, sea cual sea el deseable, tenemos que agarrar el toro por los cuernos, y atajar el problema desde sus raíces: tenemos que empezar por superar

el complejo de inferioridad lingüística. Solo de este modo podemos priorizar nuestra lengua materna en Puerto Rico, su enseñanza y la formación en el vernáculo para las generaciones futuras, así como la sana convivencia de lenguas.

Desde mi perspectiva, es innegable el valor del bilingüismo. Marxuach, como bien indica Arana, lo «intuye» por su valor estratégico y lo demuestra con su ejemplo al indicar que «aprovecha la oportunidad para aprender el inglés». De igual modo es innegable el valor del español en todos los ámbitos, públicos y privados como se ha reiterado.

La oportunidad de responder este discurso me ha guiado a investigar sobre el tema del complejo de inferioridad lingüística, que confieso que me ha estado rondando desde hace algún tiempo, para así entender mejor la causa de este mal que nos aqueja; para que no quede en mera intuición, aunque todavía no sepamos exactamente cómo atajarlo en el sistema educativo.

En primer lugar, no pensemos en «regenerar» la lengua como se pensaba en la época de Marxuach y en todos estos manuales y diccionarios que denuncian los «vicios del lenguaje», «barbarismos, vulgarismos, corruptelas y disparates» como menciona Arana. Regenerar implica según el *DLE* «dar nuevo ser a algo que degeneró, restablecerlo o mejorarlo» y aquí no hay nada que se haya «degenerado». Miremos al pasado para aprender de él, pero no para volver a él.

Sin embargo, no debe quedar la impresión de que los esfuerzos de señalar o denunciar los vicios no tengan su valor. Han sido un elemento recurrente en el estudio de la lengua desde la Antigüedad. Han servido para documentar los usos, nos han permitido reconstruir la evolución de la lengua y de sus variedades, así como el estado de la lengua en un momento dado y el estudio de los registros de uso. Han puesto en evidencia la convivencia entre la innovación

y la prescripción, como si se tratara del forcejeo entre los extremos de un péndulo en búsqueda de equilibrio. Si se ve como una lucha, en lugar de como un proceso, podemos decir que algunos ganan y otros pierden. Desde el punto de vista de la lengua, ¿quiénes ganan?, las voces y usos que perduran tras el paso del tiempo. ¿Quiénes pierden?, las que caen en desuso. ¿Quiénes tienen el poder decisonal?, los usuarios de la lengua. Gracias a estos vaivenes la lengua permanece viva, y su supervivencia está indiscutiblemente en nuestras manos.

Pero volvamos a lo que propongo es «el meollo del asunto»: el complejo de inferioridad lingüística. En el proceso de reflexión para responder este discurso, las piezas han ido cayendo en su lugar.

Arana ha aludido de forma abarcadora a muchos de los retos, carencias y eventos que nos competen: riesgo de erosión social, riesgo de un nuevo estado de diglosia, desplazamiento lingüístico, marginación funcional, fuga de docentes, peligro de cierres de programas de formación, necesidad de cambios curriculares profundos; la necesidad de un diccionario de Puerto Rico y de un observatorio puertorriqueño del español, entre otros. Concurro con ella y la felicito por ponerlo sobre el tapete. Ahora bien, me concentraré en el complejo de inferioridad lingüística, pues, como indiqué, considero que es uno de los elementos en que se enraíza nuestra situación lingüística.

En 1986 se publicó un libro de ensayos del recientemente fallecido novelista, narrador y activista keniano Ngũgĩ wa Thiong'o, titulado *Descolonizar la mente: la política lingüística de literatura africana* (*Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*, James Currey Ltd / Heinemann, 1986). Fue su última obra escrita originalmente en inglés, en lugar de en su lengua materna, el *kikuyu*. La obra

se ha convertido en referencia obligada en los estudios sobre el debate lingüístico en el África poscolonial, y por extensión en el debate lingüístico universal.

Su objetivo principal es conseguir la descolonización de la mente y con ello la descolonización lingüística. En ella reflexiona sobre el papel de la lengua en la construcción de la identidad, ya bien sea nacional, cultural, social o histórica y su función en la descolonización. En materia de lengua, objeta la clasificación jerarquizada de estas mientras rechaza la idea de que la existencia de muchas lenguas, culturas, religiones, etc. constituya un problema nacional o global. Se reafirmó por décadas en que el problema no estriba en la existencia de múltiples lenguas, sino en la inequidad en las relaciones de poder entre ellas, es decir, en la jerarquización de las lenguas. Ngũgĩ alerta sobre una de sus consecuencias más funestas: llevar a los propios individuos a considerar su lengua como superior y que como tal ocupan un rango superior de conocimiento. Denomina este fenómeno feudalismo lingüístico, que incluso puede llevar a que los hablantes abandonen su lengua para conocer la lengua de poder, es decir, a la sustitución lingüística. Utilizando una hermosa metáfora condena la sustitución lingüística pues ninguna lengua, nos dice, debe crecer sobre la tumba de otras lenguas («it should not grow on the graveyard of other languages»).

Plantea Ngũgĩ el poder de la conquista lingüística pues, a diferencia de la militar, según indica, es más económica y efectiva porque el conquistador solo tiene que invertir en capturar las mentes de la élite, que entonces divulgan la sumisión lingüística al resto de la población. De este modo la élite se convierte en parte del ejército lingüístico del conquistador. ¿Acaso esto explica que solo 23% de los encuestados en mi investigación sobre el estado de la lengua en Puerto

Rico, realizado con el apoyo de la Dra. Brenda Corchado, respondiera que en la isla se habla buen español? Arana se cuestiona si todos somos Marxuach y yo me pregunto, ¿acaso no somos miembros de esa élite?

Finalmente, plantea que precisamente el poder de «la colonización de la mente» genera la negatividad hacia el yo que se ha internalizado como una manera de ver la realidad. («The power of the colonies of the mind: negativity toward self has become internalized as a way of looking at reality»). Esto ha dado margen a que se desarrolle así el complejo de inferioridad lingüística que queda como una huella grabada en la mente de generaciones de hablantes.

Todo ello tiene secuelas en términos educativos, tema que también atiende Ngũgĩ. Concurro con su planteamiento de que la transferencia del conocimiento mediante la educación está teñida por la visión del educador y del sistema de educación, a lo que añadido, sin importar el sistema. Sin embargo, alcanzar un proceso educativo balanceado e inclusivo, como bien señala Ngũgĩ, solo puede darse fuera de la mente colonizada; y debe estar sustentado en la creación de redes y no en la jerarquía lingüística, de modo que permita conectar con el mundo sin negar lo que somos. La educación debe tener como objetivo primordial transmitir conocimiento para empoderar. Es un evento colaborativo en el que es primordial enriquecernos mutuamente.

Parecemos, entonces, estar de acuerdo en la concepción de la lengua como reflejo del espíritu nacional, ese «sello de raza» que encarnaba la identidad colectiva y la diferencia étnica» a la que se refiere Arana, apoyada no solo en Marxuach, sino también en Herder, Schleicher y otros. Lo aquí planteado tampoco tiene que entrar en contradicción con la visión de Marxuach en cuanto a que «el lenguaje es fiel delator y certero traductor del yo humano [...] un distintivo

de las diversas facultades y efectos que predominan en las diferentes agrupaciones en que la humanidad ha sido clasificada» (Marxuach 3). Sin embargo, si seguimos la línea de pensamiento de Ngũgĩ, la clasificación no debe responder a jerarquías de superioridad, y por extensión, inferioridad para que el proceso educativo, y por ende la formación lingüística, pueda ser balanceado e inclusivo.

Independientemente de que sea o no de nuestro agrado, el fenómeno cultural que representa Bad Bunny está contribuyendo a valorar nuestra variedad, al igual que otros que lo acompañan y preceden, pero indiscutiblemente ahora con mayor efectividad y fuerza. No por el lenguaje que usa, sino por la insistencia en mantener el español como vehículo de comunicación y no limitarse a identificarlo exclusivamente con nuestra herencia cultural que tanto valoramos, por su efectividad en crear un fuerte sentido de comunidad y de orgullo por su lengua.

Tomemos como ejemplo el subtítulo del artículo «Todos quieren hablar como Daddy Yankee»¹ publicado por Eduardo Medina el 14 de abril de 2024 en *The New York Times* que lee: «Maestros del idioma señalan que, gracias a la popularidad de algunos artistas boricuas, cada vez más gente quiere dominar la versión del español —juguetón y jactancioso— que se habla en la isla». Añade que la plataforma de idiomas DuoLingo, «está explorando maneras de incorporar el estilo puertorriqueño en algunas de sus funciones». El mismo artículo destaca que la prestigiosa lingüista Ana Celia Zentella explicó «que en el pasado el español de la isla solía ser desdeñado como el lenguaje de la clase baja». A lo que añade Zentella: «Pero lo que Bad Bunny ha hecho es decir, ‘No solo no me avergüenza; estoy orgulloso’. Él y otros han

¹ Eduardo Medina entrevistó a más de 35 personas para este artículo, incluyendo a estudiantes, tutores y maestros.

llegado y demostrado que Puerto Rico puede estar orgulloso de su hermosa manera de hablar».

El lenguaje, fiel delator y certero traductor de mi yo, para apropiarme de las palabras de Marxuach, nos permite conectar con el mundo, desde lo que somos, desde nuestra base, plurales, creativos, abiertos a la transformación, como propone Arana en su provocativo discurso de incorporación a esta su casa. Enhorabuena, doña Rebecca Arana Cacho. Bienvenida sea a nuestra Academia.